

Introducción

Alejandra Fernández Quiroga
Universidad de los Andes

La educación es quizás una de las tareas más nobles que puede realizar el hombre. Acompañar y guiar a un niño o a un joven en su crecimiento interior, en la búsqueda de la verdad y de la consolidación de su personalidad es una labor tremendamente enriquecedora para todos los involucrados, aun cuando muchas veces el maestro no alcance a ver sus frutos. Educar en la fe constituye una misión todavía más profunda y plena, ya que implica «ayudarnos mutuamente a entablar una relación viva con Cristo y con el Padre»¹. Quien reconoce que Jesús es el Señor, que es la Verdad y la Vida y quien da real sentido a nuestra existencia, está llamado a crecer en esa fe y compartirla con los demás. Surge así, de parte del creyente, un compromiso no sólo con la Iglesia, comunidad de vida que nos acompaña en este camino de amistad con Cristo, sino también con la sociedad, aportando al bien común con la riqueza de su mensaje. En el profesor de religión, verdadero testigo de esa fe, ese compromiso hoy se vuelve más necesario y valioso debido a la crisis que nos afecta tanto en lo educativo como en lo cultural.

1. BENEDICTO XVI, *Discurso en la inauguración de los trabajos en la asamblea diocesana de Roma*, 11 junio 2007.

El papa Francisco nos advierte que estamos viviendo un cambio de época más que una época de cambios. Este proceso hay que asumirlo en el sentido que afirmaba el cardenal Newman: como una conversión, una transformación interior. Por lo tanto, hay que entender nuestra era como un tiempo en el que se conmueven ciertas seguridades, ya que estos cambios no son lineales «sino de profunda transformación; constituyen elecciones que transforman velozmente el modo de vivir, de interactuar, de comunicar y elaborar el pensamiento, de relacionarse entre las generaciones humanas, y de comprender y vivir la fe y la ciencia»².

Esta crisis debe tomarse como una verdadera oportunidad de crecimiento. Francisco nos alienta a afrontarla sin miedo y sin encerrarnos en nosotros mismos, ya que una humanidad sin crisis sería una humanidad enferma, que se ha quedado dormida³. Pero debemos estar atentos para no desorientarnos en el proceso y, para que la crisis de frutos, este proceso debe vivirse bien acompañado. Hay que saber interrogar los desafíos del presente, para discernir «con los ojos de la fe»⁴ la dirección de estas transformaciones y actuar en consecuencia.

Esta postura implica asumir una realidad cada vez más evidente. Antes, afirmaba Benedicto XVI, «era más fácil reconocer un tejido cultural unitario y ampliamente aceptado en su referencia al contenido de la fe y los valores inspirados por ella»⁵. Hoy, ya no es posible reconocerlo a causa de la profunda pérdida de sentido que afecta a la sociedad.

2. FRANCISCO, *Discurso a la curia romana con motivo de las felicitaciones navideñas*, 21 diciembre 2019.

3. FRANCISCO, *Videomensaje con ocasión del ciberencuentro mundial organizado por la Fundación Scholas Ocurrentes*, 5 junio 2020.

4. FRANCISCO, *Felicitaciones navideñas*.

5. Citado en FRANCISCO, *Felicitaciones navideñas*.

No estamos más en la cristiandad –nos advierte Francisco–. Hoy no somos los únicos que producen cultura, ni los primeros, ni los más escuchados. [...] No estamos ya en un régimen de cristianismo porque la fe –especialmente en Europa, pero incluso en gran parte de Occidente– ya no constituye un presupuesto obvio de la vida común; de hecho, frecuentemente es incluso negada, burlada, marginada y ridiculizada⁶.

Ante la pérdida de la fe y su entramado cultural, la sociedad ha asumido el relativismo como una especie de dogma, en el cual nada se reconoce como definitivo. Y con ello, falta la luz de la verdad, se pone en duda la bondad de la vida y la validez de las relaciones y compromisos interpersonales⁷. Esto se traduce en una actitud de indiferencia religiosa generalizada, especialmente de parte de los jóvenes.

Frente a esta problemática, surge la interrogante: «¿cómo proponer a los más jóvenes y transmitir de generación en generación algo válido y cierto, reglas de vida, un auténtico sentido y objetivos convincentes para la existencia humana, sea como personas sea como comunidades?»⁸ Aquí es donde surge con mayor urgencia el llamado a los profesores de religión para afrontar esta misión. Deben estar atentos a los desafíos de nuestro tiempo, de modo que puedan discernir lo adecuado y conveniente para formar a sus alumnos. Y en ese contexto, mantener la fidelidad con Dios y con la Iglesia, y la viva convicción de que lo que enseñan resuena en el corazón de las personas.

En esta línea, el Centro para la Enseñanza de la Religión Católica (CER) busca apoyar el quehacer educativo de los docentes de religión, atendiendo a la necesidad de enfrentar múltiples temá-

6. FRANCISCO, *Felicitaciones navideñas*.

7. BENEDICTO XVI, *Inauguración asamblea diocesana*.

8. BENEDICTO XVI, *Inauguración asamblea diocesana*.

ticas y a las dificultades que se presentan al momento de tratarlas en el aula. De este modo, el CER espera contribuir a la profundización de diversas materias, que enriquezcan doctrinalmente al docente, y brindar algunas orientaciones pedagógicas para que la clase de religión sea un espacio de crecimiento y evangelización. A través de distintas instancias formativas, como la publicación de libros, cursos y seminarios, el CER quiere ser un aporte a la difusión de la verdad y la fe católica a través de las salas de clases.

Esta obra contiene el aporte de distintos profesores e investigadores en relación con la antropología de la sexualidad y el amor humano. Para los docentes, que muchas veces deben hacer clases en circunstancias difíciles, la presentación de estos temas puede resultar conflictiva. Por este motivo, la pretensión de este libro es mostrar, de manera positiva, la diversidad, amplitud y riqueza de la fe cristiana en relación con el plan querido por Dios respecto del varón y la mujer, su relación recíproca y su vocación de amor. Se busca entregar una visión esperanzadora, que muestre las posibilidades de plenitud y realización abiertas por la gracia de Jesucristo, y una pauta que sirva para el diálogo fructífero con los alumnos y otras personas en la situación actual. Por último, aunque no por eso menos importante, se quiere destacar la belleza contenida en estas materias, para que el profesor pueda enriquecer su docencia con una mirada más amplia sobre la naturaleza de su misión y tener la convicción de que hoy si es posible iluminar a través de su palabra.

En esta ocasión, no se pretende dar una herramienta pedagógica para enfrentar la educación en la sexualidad y el amor humano, ni abarcar todas las aristas posibles. Lo que se busca, en definitiva, es destacar la universalidad de esta materia, sin reducirla meramente a lo moral, orientada bajo la luz de la doctrina cristiana. Este texto quiere ser, también, una invitación a los profesores a conocer de un modo más cercano la mirada iluminadora y esperanzadora del Magisterio de la Iglesia sobre el ser humano.

Plan de este libro

Educar en el amor implica asumir una determinada visión del hombre. Hoy se ha extendido la idea de que la formación en estos temas debe quedar en manos de cursos especializados sobre educación sexual o cívica, que pretenden transmitir una idea neutra sobre la persona humana y la vida, pero que en realidad refleja una antropología contraria a la fe y a la justa razón⁹. Una visión de esta naturaleza termina presentando el amor humano de un modo reduccionista, tendiendo a resaltar sólo algunos aspectos referidos al ejercicio de la sexualidad y sin considerar a la persona como un ser integral.

El profesor de religión tiene la oportunidad de que en su clase pueda elevar esa mirada, iluminándola con la riqueza y belleza de la doctrina de la Iglesia al respecto. Por este motivo, este libro se inicia situando al maestro de religión en su contexto actual, tomando en consideración tanto la realidad concreta del ejercicio de su profesión en el aula como el ambiente cultural en el que se desenvuelve el propio maestro y la escuela.

El primer capítulo otorga ciertas orientaciones pedagógicas a los docentes, que pueden ser convenientes considerar a la hora de tratar el tema de la afectividad y el amor humano en la sala de clases. Sin tener la pretensión de dar técnicas para el logro de una lección exitosa, lo que se busca es resaltar algunos principios que permitan potenciar la acción educativa del docente. De este modo, se espera contribuir al desarrollo de la clase de religión como un espacio efectivo para la formación humana y la evangelización.

Habiendo situado al maestro en su contexto más inmediato, se presenta a continuación una reflexión acerca de la misión del

9. Véase BENEDICTO XVI, *Discurso al cuerpo diplomático acreditado en la Santa Sede*, 10 enero 2011.

profesor de religión. Tomando como punto de partida que el fin último de la educación es conducir a la persona hacia una plenitud que la hace crecer, se profundiza en los desafíos que debe enfrentar el maestro al momento de educar en el amor y la sexualidad. Y esa tarea se entiende como una respuesta alegre y esperanzada al llamado de la Iglesia de ser testimonio vivo de Cristo.

Esta primera parte del libro culmina con una revisión exhaustiva de diversos documentos pontificios y magisteriales, que revelan cómo la Iglesia aborda el tema de la educación sexual. De esta manera, se resalta el modo pedagógico con que la Iglesia se hace cargo de estos temas, destacando su delicadeza en la forma de aproximarse y su preocupación por tener siempre al centro la dignidad de la persona. El Magisterio de la Iglesia enfatiza la necesidad de la gracia para la ordenación de la sexualidad al don y a la transmisión de la vida humana.

Una vez comprendida la particular misión del docente en esta materia podemos entrar de lleno en el tema de la afectividad y el amor humano. En esta segunda parte del libro se desarrollan algunos aspectos antropológicos necesarios para comprender la visión cristiana de la relación entre varón y mujer.

Es por eso que este recorrido antropológico se inicia sobre un fundamento esencial: Dios es el salvador del hombre y éste no se salva a sí mismo. Esta verdad es el punto de partida en la enseñanza de la fe: la vida humana queda recapitulada en Cristo, a través del misterio de la Encarnación y la Redención. De este modo, Él pasa a ser modelo de perfección. El profesor de religión está llamado a mostrar con claridad esta verdad, resaltando las vinculaciones y diferencias que se dan entre el orden natural y el orden sobrenatural, y destacando que la gracia no destruye la naturaleza, sino que la eleva y la perfecciona.

Habiendo apreciado la relación del orden natural con el sobrenatural, se puede abordar el misterio del amor humano en el

plan divino. Siguiendo el Magisterio de Juan Pablo II, se muestra la propuesta del Pontífice de una enseñanza positiva de la sexualidad humana, que integra todas las dimensiones de la persona. A partir de los fundamentos bíblicos, se presenta el plan querido por Dios desde el principio, a través de la creación del varón y la mujer a su imagen y semejanza: ambos son reflejo de la bondad divina, iguales en dignidad y complementarios en la riqueza de su diferencia.

Desde esta consideración del hombre, como un ser corpóreo y espiritual, creado a imagen y semejanza de Dios, se debe integrar ambas dimensiones y evitar todo reduccionismo espiritualista o materialista. Por eso, el siguiente tema a desarrollar es la unidad substancial del ser humano, en el que se destaca las implicancias en relación con la corporeidad y sexualidad humana. De este modo, considerando que el ser humano es un ser personal, el profesor puede mostrar una visión más plena de lo singular del varón y la mujer.

A partir de esta unidad substancial del hombre, se profundiza en la importancia de las emociones y sentimientos: con ellos el amor y la sexualidad adquieren un rostro plenamente humano. Por este motivo, el libro continúa mostrando el lugar de las emociones, su papel en el desarrollo humano y su importancia para la adecuada educación de la persona. Así, es posible superar cierta confusión pedagógica que suele presentarse sobre estas materias y que termina debilitando una presentación digna y elevada de la sexualidad humana.

Una vez tratado el lugar de los sentimientos se puede considerar con profundidad el amor humano. Este integra los sentimientos, pero no se reduce a ellos, sino que los introduce en un movimiento hacia el bien de la persona. Es así como entramos en la naturaleza del amor, sus distintas clases, sus causas y efectos y la finalización de todos ellos en la amistad. De esta manera, se puede

comprender la sexualidad humana como un bien de la persona que puede integrarse adecuadamente en el don de sí, en la comunión interpersonal y en la vida de amistad.

Uno de los modos en que se realiza esta vocación al amor y al don de sí es el matrimonio, mediante el cual los esposos, al tiempo que manifiestan su amor, se hacen capaces de generar nuevas vidas humanas, participando de la bondad y el poder de Dios. El tema que se aborda a continuación muestra el matrimonio a la luz de la Creación y de la Redención obrada por Cristo y pone de manifiesto la belleza, dignidad y santidad de la vida matrimonial, en la que se refleja la comunión de personas divinas.

El don de sí también se manifiesta en la vocación al celibato. La presentación de esta forma de vida, en cierto modo excepcional, no se contrapone al llamado al matrimonio y a la generación de los hijos del común de los cristianos, sino que resalta nuestro fin último que es la vida eterna. A la luz de la fe, el celibato aparece como una vocación que eleva y conduce a la plenitud, entendiéndose en un sentido mucho más pleno que la simple renuncia a la vida conyugal.

Todos los temas tratados hasta el momento revelan la riqueza y profundidad de la visión cristiana de la persona humana, su llamado a la donación y su ordenamiento a un plan divino. Sin embargo, esta presentación sobre la sexualidad y el amor humano no quedaría completa si no se hace referencia al modo como el hombre puede lograr el dominio de sí mismo e integrar sus emociones y sentimientos en orden al don de sí. Esta es una realidad sobre la que, sin duda, el profesor suele verse enfrentado en numerosas ocasiones. Por este motivo, esta temática se profundiza de modo especial para considerar la situación en que se encuentra el ser humano y el «combate» espiritual que debe dar, con la ayuda de la gracia de Dios, para establecer en sí mismo el orden que fue destruido por el pecado.

Con este recorrido antropológico sobre la afectividad y el amor humano, a la luz del Magisterio de la Iglesia, esperamos haber entregado ciertas referencias que permitan renovar con fe la labor del profesor, despertar en él un deseo de profundizar en el tesoro de la Iglesia y contribuir a un mejor desarrollo en la sala de clases.

Acerca de los documentos magisteriales y pontificios citados en este trabajo

Como el foco de esta obra está en destacar la belleza y riqueza del Magisterio de la Iglesia en los temas de afectividad, los autores citan en numerosas ocasiones diversos documentos tanto magisteriales como papales.

La gran mayoría de los textos han sido consultados del sitio oficial del Vaticano (www.vatican.va), por lo que se decidió omitir la referencia a la dirección de la página web en las notas al pie y en la bibliografía final.